



# **Esperanza: Una tragedia**



SHALOM AUSLANDER (Monsey, Nueva York, 1970) fue educado «como un ternero» en el seno de una comunidad judía ortodoxa, es decir, entre barrotes medio invisibles y en el más temeroso respeto a Dios.

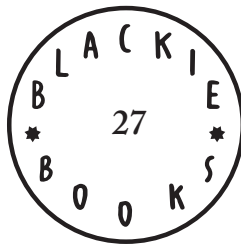
De pequeño, creía todo lo que le decían sus mayores acerca de aquel señor tan poderoso y abusivo: Yahvé estaba en todas partes, tentaba a los suyos con comida no kosher y, si cedían, los torturaba de manera indecible. Ternero díscolo, Shalom acabó dando la espalda a la religión. Aunque a su manera sigue siendo un devoto: querría no creer, pero no lo consigue.

El primer libro de relatos del autor, *Beware of God: Stories* (2005), le valió un gran reconocimiento crítico, al igual que sus *Lamentaciones de un prepucio*, publicadas por Blackie Books y muy populares también entre los lectores. Dios podría estar molesto con él, pues Shalom no es precisamente un autor política y religiosamente correcto. De modo que a la cólera divina tal vez se sume la de algunos lectores de esta primera novela.

Shalom escribe regularmente para *The New Yorker*, *The New York Times Magazine*, *Esquire* y *GQ*, entre otras publicaciones, y vive en Woodstock, en el estado de Nueva York.

**SHALOM AUSLANDER**

**Esperanza: Una tragedia**



Traducción de Carles Andreu

Título original: *Hope: A Tragedy*

Diseño de colección e ilustración de cubierta: Setanta

[www.setanta.es](http://www.setanta.es)

© de la ilustración de cubierta: Abel Cuevas

© de la foto del autor: Franco Vogt

Esta edición se publica según acuerdo con Riverhead Books,  
miembro del Grupo Penguin (EE.UU.)

© del texto: Shalom Auslander

© de la traducción: Carles Andreu

© de la edición: Blackie Books S.L.U.

Calle Església, 4-10

08024 Barcelona

[www.blackiebooks.org](http://www.blackiebooks.org)

[info@blackiebooks.org](mailto:info@blackiebooks.org)

Maquetación: David Anglès

Impresión: Liberdúplex

Impreso en España

Primera edición: mayo de 2012

ISBN: 978-84-940019-2-5

Depósito legal: B-14676-2012

Todos los derechos están reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial  
de este libro por cualquier medio o procedimiento,  
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,  
la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso  
de los titulares del copyright.

# 1

Tiene gracia: no te mata el fuego, sino el humo.

Ahí estás, aporreando las ventanas, subiendo las escaleras de tu casa en llamas, cada vez más arriba, intentando escapar, huir, con la esperanza de evitar el incendio. Quizá logres sobrevivir al fuego, pero mientras tanto te vas asfixiando, los pulmones se te llenan lentamente de humo, ahí estás, esperando a que los horrores lleguen de fuera, de la mano de un desconocido, del exterior, pero entretanto vas muriendo poco a poco por falta de oxígeno, desde dentro.

Te compras una pistola (para protegerte, aseguras) y esa misma noche te desplomas de un infarto.

Pones candados en las puertas. Pones barrotes en las ventanas. Pones una verja alrededor de la casa. Te llama el médico: «Es cáncer», dice.

Mientras nadas frenéticamente hacia la superficie huyendo de un temible tiburón, sufres síndrome de descompresión y te ahogas.

Un soleado día de Año Nuevo decides volver a ponerte en forma. «De este año no pasa», te dices. Ha llegado el momento de volver a empezar, de renacer. De hacerte más fuerte, más duro. A la mañana siguiente, en el gimnasio, al comenzar la tercera serie de pesas de banco, te da un calambre en el bíceps,

las pesas se te caen en el cuello y te parten la tráquea. No puedes gritar. Se te pone la cara morada. Te fallan los brazos. En un póster colgado en la pared ves las últimas palabras que leerás antes de que se te cierren los ojos y la oscuridad te envuelva para toda la eternidad:

¿CUÁNTO VAS A QUEMAR HOY?

Tiene gracia.



## 2

Solomon Kugel estaba tendido en la cama, imaginando qué se sentiría al morir asfixiado en una casa en llamas, porque era un optimista. Por lo menos eso decía su guía y consejero espiritual, el Profesor Jove. Tantas ganas tenía Kugel de que las cosas salieran bien, aseguraba el Profesor Jove, que no podía evitar preocuparse imaginando lo peor. La esperanza, afirmaba el Profesor Jove, era el principal punto flaco de Solomon Kugel.

Kugel estaba intentando cambiar. No iba a ser fácil, pero tenía la esperanza de lograrlo.

Kugel fijó la vista en el techo, por encima de la cama, y escuchó atentamente.

Había oído algo.

Estaba seguro.

Ahí arriba.

En el desván.

«¿Qué habrá sido eso?», se preguntó.

Era como un chirrido.

Un golpeteo.

Un repiqueteo.

El otro motivo por el que Solomon Kugel estaba tendido en la cama, pensando en qué se sentiría al morir asfixiado en una casa en llamas, era que alguien se dedicaba a prender fuego a

las casas de campo como la que él y su mujer habían comprado hacía poco. Los incendios habían empezado poco después de que los Kugel se mudaran; desde entonces habían ardido tres casas en seis semanas. El jefe de policía de Stockton aseguraba que iba a pillar al responsable. Kugel esperaba que así fuera, pero no había logrado pegar ojo desde que la primera casa acabó reducida a cenizas.

Ahí estaba de nuevo.

Aquel ruido.

A lo mejor era un ratón.

Probablemente fuera un ratón.

«Hay un centenar de casas por aquí, capullo. ¿Por qué tendrías que ir justamente a por ti? Vives en el campo y en el campo hay casas.»

«Te estás asustando solo.»

«Te estás torturando a ti mismo.»

«Es puro narcisismo.»

«Son delirios de grandeza.»

«Es optimismo.»

«Es un ratón.»

«Aunque no suena como un ratón», se dijo.

Kugel pensaba a menudo en la muerte y todavía más a menudo en morir. ¿Lo hacía también porque era un optimista?, se preguntaba. «Exacto», había respondido el Profesor Jove. Kugel amaba la vida, observó el Profesor Jove, y por eso esperaba demasiado de ella. Estaba tan empeñado en vivir que lo aterrizzaba que alguien pudiera, de forma violenta o por accidente, provocar su muerte prematura. En su defensa, Kugel puntualizaba que no creía que nadie tuviera intención de matarlo, era tan solo que consideraba perfectamente plausible que alguien, sin ni siquiera saberlo y por motivos aún desconocidos, pudiera llegar a tenerla. «Por delgada que sea —aseguraba—, existe una línea que separa la paranoia del pragmatismo.»

A la madre de Kugel, por su parte, la preocupaba menos la muerte que la vida. Por desgracia, la vida la había tratado demasiado bien, había sido demasiado benévola con ella, que se encontraba por encima de la media en cuanto a comodidades y seguridad, y por debajo en cuanto a sufrimiento y dolor. Había gozado de una vida mejor de la que nadie tenía derecho a esperar y cruelmente más larga de la que nadie podía pedir. Estaba viva, era feliz, y por eso lloraba.

Los pensamientos de Kugel se centraban específicamente en la experiencia de la muerte. Pensaba en el dolor y en el miedo. Pero, sobre todo, pensaba en qué iba a decir cuando le llegara la hora; en su *ultima verba*, sus últimas palabras. Tenía que tratarse de algo inteligente, concluyó, que no era lo mismo que abstruso o embrollado. Algo profundo, en definitiva, unas palabras con sentido. Reveladoras, esclarecedoras. No quería que la muerte lo pillara por sorpresa, estupefacto, sin aliento, llegar al momento crucial sin saber qué decir.

«No, un momento, yo *uf*.»

«La verdad es que no sé muy bien qué *chof*.»

«Si pudiera tan solo *clonc*.»

Todos los seres humanos forjamos una historia, colectiva e individual, y Kugel no quería que su historia individual terminara con unos puntos suspensivos. Con un punto final sí, si había suerte. O con un signo de exclamación, vale. Incluso con un signo de interrogación; en realidad, aquél era el signo de puntuación con el que deberían terminar todas las historias, colectivas e individuales.

Pero unos puntos suspensivos no.

Cualquier cosa antes que unos puntos suspensivos.

«¡No puede acabar así!», dijo Pancho Villa, incapaz de encontrar las palabras después de recibir nueve disparos en el pecho y en la cabeza. «Decídes —pidió antes de morir— que he dicho algo.»

Kugel llevaba siempre consigo una libretita y un bolígrafo para anotar esos pensamientos. Cuando se le ocurría una idea o unas palabras finales que le parecían apropiadas, las anotaba rápidamente. A lo largo de los años había rellenado varias de esas libretas, pero aún no había dado con la tecla justa. «La diferencia entre la palabra apropiada y la palabra casi apropiada —dijo Mark Twain— es la misma que hay entre un rayo y una raya».

Las últimas palabras de Twain, dirigidas a su hija, fueron: «Si nos volvemos a encontrar...».

Y entonces se murió.

O sea que el *timing* también es importante.

Kugel tenía la esperanza de que, cuando llegara el momento, sabría encontrar unas palabras, no importaba cuáles, que serían repetidas en el futuro; que alguien las oíría y que serían recordadas por las generaciones venideras, hasta que cayera el telón. Esperaba que fuera algo que su querido hijo, Jonah, recordara; algo a lo que el chico pudiera aferrarse en los momentos difíciles, mucho después de la muerte de su padre, y que le sirviera de luz, de guía, de consejo (eso suponiendo, claro está, que Jonah no muriera antes que él, o que no murieran juntos, padre e hijo, en un trágico accidente; si ése fuera el caso, Kugel sabía exactamente qué le diría a Jonah mientras el avión, por ejemplo, se precipitaba hacia la tierra; le diría: «Lo siento. Lo siento mucho, pero al menos ya se ha terminado.» O algo por el estilo de: «Bueno, hijo, ésta ha sido la parte difícil. Esto de vivir se acabó. A partir de aquí, chaval, el resto es un chollo...»).

Eso, en el fondo, era lo que Kugel esperaba: que sus últimas palabras le dieran algo de sentido a todo aquello, a aquel... a aquella vida, a tanto esfuerzo, a tanto trabajo, a tanto tiempo y a tanto terror. A aquella existencia sin propósito, despiadada. Que revelaran que el mundo era algo más que un simple escenario, que todos nosotros éramos algo más que actores. Kugel

nunca podría creer en Dios, pero tampoco podría no creer en él. Debería existir un Dios, pensaba Kugel, aun cuando lo más probable fuese que no existiera.

Según san Lucas, autor del evangelio que lleva su nombre, Jesús, moribundo y en la cruz, dijo lo siguiente: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu».

Esto...

Un poco demasiado obvio, demasiado autocomplaciente, demasiado petulante. ¿Adónde iba a ir su espíritu sino con Dios? El instante en el que vas a reunirte con el Altísimo no parece el mejor momento para comportarte como si le estuvieras haciendo un favor encomendándole tu alma.

Kugel tenía casi cuarenta años y, aunque todavía no estaba seguro de cuáles iban a ser sus últimas palabras, hacía mucho tiempo que había decidido lo que no quería que fueran: no quería que fueran suplicantes. Sobre todo, no quería mendigar. No quería un «por favor». Ni un «no». Ni un «espera». Ni un «espera, no». Ni un «no, espera». Ni un «espera, por favor». Ni un «no, no, no». Ni un «por favor, por favor, por favor». Ni un «espera, espera, espera».

«Por favor, no me haga daño», le había rogado la amante de Luis XV al verdugo que la llevaba hacia la guillotina.

Y el verdugo le hizo daño.

«Vamos a tomárnoslo con calma», les dijo Malcolm X a sus asesinos.

Le dispararon dieciséis veces.

A lo mejor se lo habían tomado con calma, pensaba Kugel. A lo mejor tenían planeado pegarle veinte tiros. En esas situaciones a la víctima le conviene especificar.

La aversión de Kugel a suplicar no se debía ni a su orgullo ni a un exceso de coraje. Sencillamente, esperaba no encontrarse en una situación en la que suplicar pudiera servir de algo. No se le puede suplicar a la vejez. No se le puede suplicar al cáncer.

Aquellas eran muertes con las que podía vivir. De nada sirve suplicarle a un coche que no te atropelle, ni a un piano que no te caiga encima. Suplicar solo sirve con las personas. La única situación en que puede resultarte útil suplicar es cuando tu vida se encuentra en manos de otro ser humano, y ésta es una situación francamente precaria. Kugel estaba decidido a no morir a manos de nadie, aunque con ello contradijera a su madre, que insistía en que sus últimas palabras, las últimas palabras de su hijo y las últimas palabras del hijo de su hijo, fueran las que fueran, serían pronunciadas dentro de una cámara de gas.

O dentro de un horno.

O desde el fondo de una fosa común.

O desde lo alto de una fosa común.

Ahí estaba de nuevo. Aquel golpeteo.

La ubicación dentro de la fosa común, suponía Kugel, solo era relevante si seguías con vida; si te disparaban en la pierna o en un brazo y la herida no era mortal. En ese caso, sería mucho, muchísimo mejor estar al fondo de la fosa común, donde el peso de los cadáveres amontonados te aplastaría y pondría fin a tu vida de forma rápida y compasiva, y te ahorraría una muerte lenta y dolorosa en la parte superior de la montaña de cadáveres, donde incluso podían terminar enterrándote vivo.

Toc. Toc toc toc.

Estaba seguro.

Venía del desván.

A menos que dispararan contra la montaña de cadáveres una segunda vez. Entonces, naturalmente, lo mejor sería estar en la parte superior de la fosa.

He aquí lo que el padre de Samuel Beckett dijo justo antes de morir: «Menuda mañana».

Un poco de ironía, se dijo Kugel. Una sonrisa. La risa que se burla de la infelicidad.

O de caer fulminado.

A lo mejor decía algo por el estilo de:

«Qué día.»

«Parece que va a llover, pringados.»

Kugel se preguntaba cuáles habrían sido las últimas palabras de su padre, o si había pronunciado unas últimas palabras, o si estaba muerto o vivo.

¿Que todo el mundo cometía errores?

Kugel tenía una teoría. Estaba seguro de que, independientemente de las *palabras* que cada uno eligiera en el momento final, todo el mundo compartía un mismo *pensamiento*, concretamente éste: la perpleja y asombrosa constatación de la decepcionante causa de su muerte.

«¿Un tiburón?»

«¿Un tren? ¿En serio? ¿Me atropella un *tren*?»

«¿Malaria? Venga, hombre. ¿*Malaria*?»

Independientemente de lo que *dijeran*, aquél y tan solo aquél era el último *pensamiento* de todo ser humano, el último dato que la mente del ser humano, de cualquier ser humano, procesaba antes de dejar de funcionar por siempre jamás. No era «Shema Yisroel Adonai Elohainu Adonai Echad». Ni «Perdóname, Padre, porque he pecado». Solo la causa absurda, irrisoria, de su insondable final.

«¿Cáncer?»

«¿Tuberculosis?»

Las últimas palabras de Benito Mussolini ante sus verdugos fueron:

«¡Disparadme en el pecho!».

Sin embargo, Kugel estaba seguro de que su último *pensamiento* había sido:

«¿De un tiro en el pecho?».

Ahí estaba de nuevo, aquel ruido.

Era una especie de correteo. Como un repiqueteo.

Kugel se incorporó.

Aquello era algo.

Ahí arriba había algo.

En el fondo, ninguna muerte le hace justicia a la vida. Nuestro final es siempre una decepción, un insulto, una sorpresa, algo más estúpido de lo que creíamos y, desde luego, menos de lo que esperábamos.

«¿Crucificado? —pensó Jesús—. ¡Anda ya!»

«¿Cicutá?», pensó Sócrates.

«¿Envuelto en una Torá y quemado vivo? —pensó el rabino Akiva—. Me tomas el pelo.»

Aquel ruido de nuevo.

Porque ¿qué ruido hacía un pirómano?

Kugel aguzó el oído.

A su lado oyó a su Brianna, su Bree, su heroína, su amor, sumida en un sueño profundo, prozaico. También oyó a Jonah, en el otro extremo del pasillo, revolviéndose entre las sábanas, profundamente dormido también. Con Tylenol.

No es un buen lugar para quienes quieren dormir.

O sea: la Tierra.

Aunque, desde luego, no siempre disparaban una segunda vez contra las fosas comunes. Así es la vida: una montaña descomunal de cadáveres de la que no se puede escapar y contra la que nadie dispara una segunda vez.

Kugel salió de la cama sin hacer ruido y se arrodilló en el suelo, junto a la rejilla de la calefacción que había al lado de su mesilla de noche. Notó la dureza del suelo de madera bajo las rodillas, pero apoyó las manos a ambos lados de la rejilla, se inclinó y colocó la oreja sobre la fría rejilla metálica.

A través del respiradero oyó a su inquilino recorriendo de aquí para allá el dormitorio del piso de abajo (hacía ya dos semanas que se había mudado y Kugel aún no había logrado memorizar su nombre; se llamaba Isaac, o Ismael, o Esaú, algo bíblico); oyó el rumor de aplausos y risas del televisor del in-



quilino, que éste dejaba encendido toda la noche. Y por debajo de aquel rumor oyó a su madre, que ocupaba el dormitorio contiguo al del inquilino, gimiendo y agonizando de dolor. Si su madre parecía estar muriéndose era señal de que estaba viva; el día en que pareciera plácidamente dormida era probable que estuviera muerta.

Y, desde luego, podía oír el golpeteo.

Arriba.

En el desván.

¿Era un tictac?

No, era un golpeteo.

Caquitas de ratón, como si un ratón se estuviera cagando en el desván.

Unas patitas de ratón.

Parecía como si alguien tecleara, casi.

«Marsupial Proust —se dijo Kugel, con una leve sonrisa—. John Dos Patos. Franz Kaka.»

Seguramente no sería más que un ratón.

Kugel se levantó lentamente, para no despertar a Bree, se puso la bata, cogió la linterna metálica que guardaba junto a la cama, cruzó el dormitorio de puntillas, intentando evitar que las tablas del suelo crujieran, y salió al frío y oscuro pasillo.

¿Iba un pirómano a empezar un incendio por el desván?

¿No empezaban siempre desde fuera de la casa, prendiendo fuego a los cimientos?

«No es un pirómano.»

«No seas ridículo.»

Cogió la cuerda que colgaba de la trampilla del desván y tiró lentamente de ella. Esperaba no toparse con el pirómano, esperaba encontrar un ratón, o al menos excrementos de ratón. Si encontraba excrementos de ratón, sabría que aquel ruido lo había provocado un ratón, y entonces tal vez lograra dormir un poco.

«Así es la vida —pensó mientras desplegaba las escaleras del desván—, con el tiempo llega un día en que tus esperanzas se reducen a encontrar caca, en que el mejor resultado de todos los resultados posibles es descubrir, alabado sea Dios, un montón de mierda.»

Kugel subió por las chirriantes escaleras tan silenciosamente como pudo.

A lo mejor era un ratón.

Llegó a lo alto de las escaleras. Hacía calor en el desván, más calor que en el resto de la casa. El golpeteo cesó de golpe.

—¿Hola? —susurró Kugel.

Seguramente no era más que un ratón.

—¿Hola?

Kugel no obtuvo respuesta, por lo que penetró a gatas en aquella oscuridad húmeda y detestable.

### 3

El pueblo rural de Stockton, con una población de dos mil cuatrocientos habitantes, no era famoso por nada. Ningún famoso había vivido allí, no había sido escenario de ninguna famosa batalla, ni origen de ningún famoso movimiento, ni el lugar de ningún famoso concierto. «Nadie ha dormido aquí», decía una de las pegatinas que corrían por el pueblo. «Pueblo natal de nada», decía otra. Hacía poco, un artista local había colocado indicadores históricos humorísticos por todo el pueblo. «En este lugar —decía uno— no se reunieron nunca los padres de la Constitución de los Estados Unidos de América.» «Éste no es el sitio —decía otro— donde George Washington luchó contra los ingleses. Ese sitio está en otra parte.»

La falta de historia de Stockton era motivo de orgullo para los habitantes del lugar y, desde hacía un tiempo, había empezado a atraer a muchos exurbanitas, profesionales liberales con sus familias y parejas jóvenes que buscaban un hogar que no arrastrara el peso del pasado, que no estuviera cargado de historia.

Como muchos otros recién llegados, los Kugel habían elegido Stockton porque la historia no lo había hecho. Habían comprado una vieja casa de madera donde ningún Padre Fundador había pasado su infancia, construida en veinte immacula-

dos acres de tierra que el Señor nunca había prometido a nadie, con vistas a un valle ondulante, anónimo, donde nadie había hecho nada destacable. Los Kugel querían empezar una nueva vida, como individuos y como pareja, para ellos y también para Jonah. Tras el último año todos lo necesitaban.

Tres años antes, al nacer Jonah, la comadrona había cogido al niño, lo había envuelto con una sábana y se lo había entregado a Kugel. Éste había sostenido a su hijo en brazos, había mirado sus grandes ojos azules y le había susurrado:

—Lo siento.

—Encantador —había dicho Bree.

Jonah era hermoso, inocente y puro, y Kugel se sentía muy culpable por haberlo traído a este mundo. Tener un hijo era un acto tremendamente egoísta, un crimen, de hecho: todo habitante de este mundo ha sido secuestrado de un lugar mejor, o de ningún lugar, y Jonah se había visto arrastrado hasta allí por Kugel y Bree, en contra de su voluntad, sin haberlo provocado, sin dar su consentimiento, sin ninguna razón válida más allá de los deseos egoístas de sus padres.

Kugel miró a aquella personita que sostenía en brazos, a aquel bebé rosado, helado y furioso, y meneó la cabeza.

—Debería denunciarnos —dijo Kugel.

—Sí, es un momento muy feliz para todos —respondió Bree—. Ya se lo diré cuando crezca.

—Si —dijo Kugel—, si *crece*.

Y luego, hacía ahora un año, habían estado a punto de perderlo.

Jonah había sido siempre un niño enfermizo; espiritualmente encantador, pero una calamidad desde el punto de vista físico. Todo generosidad, corazón y bondad, y también todo estornudos, tos y diarrea. Era claro de piel, como Bree, y menudo, como Kugel. Kugel le daba multivitaminas, extra C, chicles de zinc, probióticos, antibióticos y algo llamado Liquid

Garden, una abominable bebida nutricional en polvo, cada vaso de la cual contenía los restos torturados de treinta verduras y «más de diecisiete frutas» (la falta de concreción del fabricante en ese punto había hecho que Kugel se preguntara si realmente debía dárselo a Jonah —deberían saber exactamente cuántas frutas utilizaban, ¿no?—, aunque al final había pesado más el temor a que Jonah pudiera morir de desnutrición si no se lo daba).

Bree no depositaba tantas esperanzas como Kugel en el supuesto efecto beneficioso de aquellas pastillas y mejunjes de precio prohibitivo.

—Este niño —decía— va a tener el pipí más caro de todo el noreste.

Sin embargo, pese a todas las precauciones de Kugel, el invierno anterior Jonah se había puesto muy enfermo. Una fría noche de diciembre, y sin más síntomas previos que una leve tos, de repente la temperatura se le puso por las nubes. Como el hecho de que Jonah enfermara o la temperatura se le pusiera por las nubes no era nada fuera de lo normal, Kugel y Bree no le prestaron demasiada atención, pero durante los dos días siguientes los pulmones se le fueron llenando silenciosamente de líquido y fue perdiendo peso, hasta que finalmente, la tercera noche, lo llevaron al hospital, donde lo mantuvieron aislado durante tres semanas.

—¿Lo ves ahora? —le dijo Kugel a Bree.

—¿Que si veo qué?

—¿Lo ves o no?

—¿Y tú? ¿Lo ves tú?

—¿Yo?

No les dieron un diagnóstico concluyente. Seguramente había cogido un virus, les dijeron; últimamente los virus eran cada vez más fuertes, más resistentes.

—Los resfriados de hoy —dijo la enfermera— son como

las gripes de hace diez años. Y las gripes de hoy son como las neumonías de hace veinte.

—¿Y cómo son las neumonías de hoy? —preguntó Kugel.

—Así —respondió la enfermera, señalando la cama donde yacía Jonah, con una mascarilla de oxígeno sobre la boca, rodeado de monitores que lo monitorizaban, máquinas que pitaban y tubos conectados a otros tubos conectados a sus brazos esqueléticos.

—Casi te perdemos, chaval —le susurró Kugel a Jonah la mañana que le dieron el alta, mientras le acariciaba suavemente el pelo con la mano—. Casi te perdemos.

—¿Casi me perdéis? ¿Dónde? —le preguntó Jonah a Kugel.

—Quiere decir que casi te mueres —respondió Bree—. Es una forma de hablar.

Jonah estaba concentrado en el televisor, donde Bob Esponja estaba intentando aplacar a un furioso Calamardo Tentáculos. Finalmente la enfermera les llevó los papeles y Bree apagó el televisor.

—Prefiero estar muerto que perdido —le dijo Jonah a Bree.

—¿Por qué? —preguntó Bree.

—Porque si estoy muerto no lo sabré.

—Pues no estás ni muerto ni perdido —dijo Bree—. Y ahora larguémonos de aquí.

Pero aquella experiencia había pasado factura al matrimonio. Kugel tenía la sensación de que algo malo había empezado a crecer entre él y Bree, o, peor aún, que algo bueno había disminuido. Estaba enfadado consigo mismo: ¿por qué no le había insistido más al pediatra? ¿Por qué no había llevado antes a Jonah al hospital? ¿Por qué no había confiado en su instinto? Y también estaba enfadado con ella: ¿por qué no se había dado cuenta de que Jonah estaba tan enfermo? ¿Dónde estaba su instinto maternal? ¿Por qué no lo había vacunado antes? (¿Contra qué? ¿Contra todo, maldita sea!) Además, sospechaba que ella

pensaba lo mismo de él, que los dos se habían defraudado mutuamente con su incapacidad para cuidar de su hijo, para protegerlo, para mantener a los monstruos lejos de casa. El arca de su matrimonio, que debía salvar a Jonah de la tumultuosa tormenta de la vida, se había revelado como una embarcación insegura, reumática y destartada, y a punto había estado de irse a pique con el primer virus. Y por eso habían decidido mudarse, huir. La ciudad parecía estar llena de peligros y enfermedades, y no había en todo su piso una sola habitación que no estuviera marcada por el recuerdo de alguna discrepancia, de alguna discusión o, peor aún, de la enfermedad de Jonah: el sofá en el que había yacido inmóvil, la manta con la que lo habían arropado mientras lo llevaban precipitadamente al hospital. A comienzos de la primavera un amigo les había hablado de Stockton. Habían ido a visitar el pueblo, se habían quedado unos días y finalmente, una hermosa mañana primaveral, se habían reunido con una agente inmobiliaria llamada Eve, que les había enseñado una casa en venta a solo ocho kilómetros del pueblo. Kugel esperaba que el campo fuera un lugar más seguro; Bree solo esperaba que lograra calmar los nervios de su marido. Ambos esperaban empezar una nueva vida.

Era una casa antigua pero con encanto, construida a mediados del siglo XIX. En su día había estado rodeada por un solar de más de doscientos acres, pero con el paso de los años la tierra se había ido parcelando y vendiendo a constructores y promotores. Aun así, la casa seguía rodeada por veinte acres de bosque denso y se encontraba en un estado excelente teniendo en cuenta que se trataba de una propiedad tan antigua. Aproximadamente veinte años antes se habían llevado a cabo algunas reformas (las más significativas, la instalación de un sistema de calefacción de aire a presión y la construcción de cuatro ventanales en el desván), pero por lo demás la vivienda mantenía su estado original, desde los pomos de plata de época

hasta los adornos de roble de época. En la parte delantera, dos grandes losas de pizarra conducían a una encantadora terraza con suelo entarimado, columnas salomónicas y un pequeño móvil metálico al que nunca le faltaba una suave brisa que alentara su alegre tintineo. Había dos chimeneas originales, una en la sala de estar y otra en lo que ahora era uno de los dos dormitorios de la planta baja; ambas habían quedado selladas al instalarse el sistema de calefacción de aire a presión, pero eran preciosas a pesar de su falta de utilidad. Además de los de la planta baja, había dos dormitorios más en el piso superior. Originalmente, el extremo sur de la planta baja había sido un comedor, pero tras la remodelación se había transformado en dos pequeños dormitorios, que los Kugel decidieron que alquilarían para cubrir el coste de la hipoteca. En cuanto terminaran de instalarse, Bree podría utilizar el desván para escribir. No estaba demasiado limpio, había comentado Bree, pero estaba razonablemente bien iluminado. Aunque lo mejor, les había dicho Eve, era que el señor Messerschmidt, el viejo propietario que había vivido en la casa con su hijo adulto, pedía un precio muy por debajo del precio de mercado.

—¿Por qué? —preguntó Kugel—. ¿Tiene algo malo la casa?

—Naturalmente que tiene algo malo —respondió Eve—. Permítame que le diga qué tiene de malo, señor Kugel: las escaleras crujen cuando uno las pisa. Hay moscas en verano y ratones en invierno. Algunas de las ventanas están atrancadas y es imposible abrir otras. Y en primavera hay un olor raro, que en otoño se ve reemplazado por otro olor aún más raro. Es vieja, señor Kugel, eso es lo que tiene de malo, igual que yo soy vieja y usted lo será algún día. Es imperfecta en un mundo que exige perfección. Su defecto es que tiene defectos. Se lo digo porque me obliga el principio de revelación completa, señor Kugel: la casa es real. Si prefiere una falsificación, yo le puedo enseñar una. Tengo una versión falsificada de esta casa a cinco



kilómetros de aquí, pero cuesta diez veces más. Las escaleras son nuevas, las ventanas tienen cristales dobles y drenaron la alberca natural, la secaron, la excavaron y la convirtieron en una piscina artificial, climatizada, clorada, filtrada y purificada. La tierra del jardín la trajeron del norte, el césped llegó enrollado en la trasera de un camión procedente del sur. Hay un patio de hormigón tratado para que parezca piedra y una terraza de un plástico que parece madera. La casa tiene una cocina profesional que nunca se ha utilizado porque la pareja que la instaló no cocinaba, y las paredes están tan bien aisladas que no sabrá si es invierno o verano si no mira por la ventana, algo que de todos modos no querrá hacer porque la casa está aislada precisamente de lo que hay al otro lado de la ventana: la realidad. Pero las falsificaciones salen caras hoy en día, señor Kugel. La realidad es mucho más barata.

Kugel miró a Bree, le apretó la mano y sonrió.

—¿Y ese olor? —preguntó Bree.

—¿Qué olor? —dijo Eve.

—¿Tú tampoco lo hueles? —le preguntó Bree a Kugel, que olisqueó.

—Sí, algo sí huelo —dijo Kugel.

—Huele —dijo Bree— como a muerto.

Eve sonrió.

—Así —dijo Eve— es como huele la honradez, señora Kugel. Así es como huele cuando alguien no le está dando gato por liebre. Ése es el olor de la verdad, amigos míos, por eso no lo reconocen. Respire hondo, señora Kugel, llénesse bien los pulmones, porque tal como va el mundo puede ser la última vez que lo huela.

—Ajá —dijo Bree.

Kugel miró a su mujer, volvió a apretarle la mano y sonrió. Se mudaron cuatro semanas más tarde. La anciana madre de Kugel los siguió poco tiempo después.

—Bromeas... —dijo Bree.

—Se está muriendo —dijo Kugel.

—No nos lo podemos permitir —dijo Bree, entre la conmoción y la rabia—. Tenemos que alquilar las habitaciones para poder pagar la hipoteca. ¿Qué sentido tiene mudarse a un lugar sin pasado si te vas a llevar a tu madre?

—Le han dado dos semanas —dijo Kugel.

Pero ambos sabían que de eso hacía ya más de seis meses.